

Nunca olvidaré aquella hermosa mañana de Abril en que el cielo reía y cantaban los pájaros.

Me acompañaban Bonifacio y Ramón, dos buenos chicos, hijos de una rica familia de Huelva. Los tres éramos estudiantes y vivíamos en la misma casa de huéspedes.

Salimos muy temprano, dispuestos a pasar el día lo mejor posible. Los tres teníamos dinero fresco, y deseábamos evitar que se nos calentara en el bolsillo.

Hablando de lo poco que habíamos estudiado en los tres meses que iban de curso, de aventuras amorosas y de proyectos para el porvenir, llegamos a la Cuesta de San Vicente, donde nos tropezamos de manos a boca con Fabián, nuestro condiscípulo y compañero predilecto, que, mohino y cabizbajo, subía por la misma acera.

—¿Qué es eso, Fabián? ¿Qué te sucede?— exclamó Bonifacio cortando el paso al joven.— Juraría que el motivo de tu tristeza no es otro sino la falta de dinero.

—Tienes razón—dijo Fabián saludándonos.— Me quedaban diez duros para concluir el mes, y anoche me dió la mala idea de ponerlos a un as.

—¿Y los perdiste?—preguntó Ramón.

—Naturalmente—contestó Fabián.

—Pues chico, no te apures por eso, que mañana será otro día—objetó Bonifacio—; y ya que hemos tenido la fortuna de encontrarte, acompáñanos a dar un paseo por la Moncloa, y luego almorzaremos en el merendero de *El Cojo*.

—¿De veras me convidáis?—preguntó Fabián, cuyos ojos brillaron de alegría.

—Como lo oyes—dijo yo cogiéndole del brazo.—Somos dueños de algunas pesetas y vamos a gastarlas alegremente; conque ¡andando! Ya sabes que entre nosotros no ha habido nunca pan partido.

—Yo iría, pero lo malo es que me esperarán en mi casa—murmuró Fabián.

—¡Eh!—repuso Ramón.—Siempre hay disculpas para todo. Una circunstancia imprevista... un compromiso ineludible...

—¡Pues vamos, que demontre!—dijo Fabián decidiéndose.—De todos modos, hace ya tiempo que no echo una cana al aire.



Eran poco más de las doce.

El jardincillo del merendero se encontraba cuajado de esa muchedumbre pintoresca y alborozada que en los días festivos, serenos y brillantes arroja Madrid sobre el puente de Vallecas, las Ventas y la Moncloa.

A través de la empalizada del jardín se veía pasar, en olas interminables, la gente que se dirigía a la Puerta de Hierro.

El rumor de las conversaciones, vibrante y animado, iba convirtiéndose en murmullo ensordecedor.

Los cinco dependientes del merendero apenas podían atender a las llamadas de los innumerables parroquianos.

—¡Mozo, la tortilla!

—¡Chico, trae otra botella de vino!

—¡Pero ¿cuándo viene esa merluza?

—¿Y esos filetes? ¿Es que todavía no han matado el burro?

Aquello era un caos de voces, risas e interjecciones.

Nosotros habíamos almorzado fuerte y bebido más fuerte aún.

Sobre la mesa, una enorme cazuela rebosando huesos de gallina, un plato lleno de cortezas de queso manchego y los cascotes de diez botellas, atestiguaban, con su elocuencia muda, el poder de nuestros estómagos.

Apesar de hallarnos vivamente excitados, Fabián había pedido más vino.

Tres chicuelas, no mal parecidas, que ocupaban una mesa al lado de la nuestra, concluyeron por agregársenos, empezando a pedir de una manera alarmante: pollo, langostinos, *foi-gras*... Hubo que llamarlas la atención. Ellas se conformaron buenamente con unas chuletas de cordero y unas almejas a la marinera, y celebrando nuestras ocurrencias, comían y reían, enseñando unos dientes blancos como el nácar...



Puente colgante.

Ya caía la tarde cuando, envueltos entre una tempestad humana y una nube de polvo, regresábamos a Madrid.

El vino había obrado su efecto. Bonifacio, Ramón y yo aún conservábamos el equilibrio; pero Fabián se tambaleaba lastimosamente. La borrachera le había vuelto agresivo y quería pegar a todo el mundo. En más de una ocasión nos vimos apurados para contenerle.

Delante de nosotros marchaba un grupo miserable: una vieja gitana llevando de la mano dos niños sucios y harapientos. La gitana andaba con mucho trabajo y se detenía con frecuencia, rendida de fatiga.

De pronto, Fabián se inclinó hacia el suelo; irguiéndose instantáneamente, y sin que ninguno de los tres pudiera impedirlo, descargó con toda su fuerza un guijarro sobre la espalda de la decrepita gitana.

Aún parece que veo, como el fantasma de una pesadilla, la cara dura y angulosa de la vieja, que, volviéndose hacia nosotros, con los labios lívidos y los ojos inyectados de sangre, y alzando el puño sobre Fabián, que se echó atrás instintivamente, gritó con voz de campana destemplada: «¡Por la *salú* de estos churumbeles, que antes de *quinse* días te coma la tierra, ladrón!»

Arremolinóse la gente, y nosotros, á duras penas, logramos confundirnos entre la multitud y desaparecimos en los jardines de la Moncloa.



Transcurrieron diez días. Hacía dos que Fabián no asistía á clase. No dejó de extrañar aquella falta á los compañeros que observábamos la exactitud y puntualidad de Fabián.—Debe estar enfermo—nos decíamos unos á otros.

Al día siguiente, también el sitio de Fabián estaba vacío. Bonifacio, Ramón y yo pensábamos ir á su casa aquella misma mañana, después de salir de clase.

Al terminarse ésta, y cuando el bedel acababa de anunciar la hora, el Catedrático se dirigió á nosotros, diciéndonos: «Tengo que dar á ustedes una triste noticia. Su buen compañero D. Fabián Martínez se encuentra enfermo de gravedad. Ya habrán notado ustedes su falta estos días. El mal que compromete su vida es un ataque cerebral, que logró conjurarse en los primeros momentos, pero cuya repetición se teme. Anoche ví al Sr. Martínez en su casa, pues soy amigo de su familia, y el estado del pobre joven era casi desesperado. Creo que mi deber es manifestarlo á ustedes por si lo ignoraban y alguno quiere visitarle.»



Varios condiscípulos corrimos á casa de Fabián. Este acababa de recibir los auxilios espirituales.

Dolorosamente impresionados penetramos en la alcoba del enfermo. Junto al lecho, sus padres, transidos de pena, hacían violentos esfuerzos para contener las lágrimas.

Fabián clavó en nosotros su mirada, brillante por la fiebre, y después de estrecharnos la

mano uno á uno, mirando alternativamente á Bonifacio, á Ramón y á mí, exclamó con voz casi imperceptible:—La Bombilla... la maldición de la gitana...

Y entró en el período agónico.

Pedro Barrantes.

CURIOSIDADES

EL PERRO QUE MÁS LADRA

Así como se refiere que hay niños que no cesan durante toda su infancia de llorar, de igual manera se ha demostrado que existen animales que no dejan de producir ruido con su faringe y sus fauces durante sus primeros años, sin la interrupción de un sólo momento.

Ejemplo vivo de estos casos ha sido hasta hace poco *Dyck*, un can famoso, propiedad del príncipe James, de Honheloc, de cuyo can se cuenta que desde momentos después de nacer hasta que ha muerto; á los diez años, no cesó un instante de ladrar.

Su dueño y los servidores de éste, por indicación de aquél, procuraron por cuantos medios tuvieron á sus alcances evitar aquel terrible ruido que el perro, de bastante corpulencia y de color gris ceniza producía; pero todos ellos fueron completamente inútiles.

Ni las caricias más extremadas, ni los castigos más duros (estos últimos propinados á espaldas del príncipe que quería y cuidaba extraordinariamente á su gruñón perro), bas-

taron á aplacar sus escandalosas aficciones y algunas veces en que se le colocaron fuertes bozales, para que no pudiendo abrir la boca no produjese el sonido del ladrido, el perro presentó verdaderos síntomas de hidrofobia, y en otras ocasiones de un decaimiento que parecía exponerle á la muerte. En más de una ocasión llegó á romper el bozal al abrir las mandíbulas para ladrar.

El célebre *Dyck* no era, sin embargo, asustadizo, ni de esos perros que alarman ó avisan la presencia de un extraño, sino que lo mismo para demostrar cariño que ira, siempre lo hizo ladrando desafortadamente.

Actualmente, en que la historia de tan curioso y molesto perrito casi puede decirse que está de moda en Alemania, y mucho más en los ducados de Baden y Honheloe, donde era muy conocido, ha habido hombres doctos que lo estudien, afirmando algunos de ellos que se trataba de un verdadero *loco* ó *maníaco* de la raza canina.

La tal idea, bastante original, ha logrado, sin embargo, tener numerosos adictos entre médicos y veterinarios, y muchos de ellos la explican detallada y técnicamente.

Creyóse en un principio de que tales ladridos continuos fuesen la

expresión de un dolor interno, de alguna enfermedad ó dolencia que el animal padeciese; pero su detenida autopsia y su vida relativamente larga (el promedio de lo usual en los de su raza y familia) y otra serie de datos y observaciones á cual más detenidos, han venido á demostrar plenamente que *Dyck* se hallaba disfrutando un perfecto estado de salud y que su muerte ha sido tan sólo debida á una enfermedad aguda, á un enfriamiento producido por pasar las noches en el jardín, donde, como es de presumir, tenía desde luego su caseta ó garita; pero que, acostumbrado á permanecer en las habitaciones bajas del palacio, siempre más confortables que su casa del jardín, no pudo pasar por la prueba para el terrible á que su vicio de ladrar de continuo hubo de condenarle, pues éste hubo de ser tan molesto y sin intervalo, que no se encontró más remedio para que dejase dormir á la servidumbre, que sacarle fuera, donde una mañana se le encontró tiritando de frío y donde amaneció muerto al siguiente día.

A estos datos se añade los de que *Dyck* jamás mordió ni intentó lanzarse sobre nadie, ni aun contra los más sospechosos.

Se ha confirmado una vez más el adagio de que: «perro ladrador poco mordedor».

Ptolomeo.

LA CARRETA DE BUEYES

Novela corta.

I

Triste y silencioso, sentado en un banquillo de madera delante del lar, encontrábase Melchor Casona, con los codos apoyados en las rodillas y en entrambas manos su rostro apergaminado, sobre el que le caían en desorden los canosos cabellos... Miraba estúpidamente cómo el fuego de las árgomas y helechos batía con su alegre llama la luminosa pared, y cómo, á ratos, el ábrego de aquella noche de invierno, colándose frío y silbante por el agujero de la chimenea, humillaba rápido la lengua de fuego que venía á lamer los zapatones del ensimismado huésped.

De espaldas á éste, sentados cerca de una ventana, encontrábanse Maricruz, la hija de Melchor Casona, y Pelegrín, su novio, un guapo chico que no tenía mayor desdicha en este mundo que la de no poder acabar nunca de reunir dos onzas de oro, que él consideraba bases firmísimas para establecer un nuevo hogar y realizar su sueño dorado de casarse con Maricruz.

Los jóvenes, en aquella noche, también parecían tristes y acongojados. Los hermosos luminares de la moza fijábanse á ratos en su padre con triste mirar. Pelegrín á su vez dirigía al trozo de cielo que dejaba ver el hueco de la ventana una mirada de desesperación.

—¡Está de Dios que no se me ocurra na pa salvarlos!—decía el hombre meneando la cabeza.—¡Maldito Pasiego!... No sé lo que daría yo por poder ir á su casa, y después de pagar.

NOTA ARTÍSTICA



EN EL TCCADOR (Dibujo de D. Luis Alvarez).